

HACE CIEN AÑOS

Niños para todo

La iniciativa surgió hace cien años en Alemania, concretamente en Berlín, y fue un paso más de allá de lo que todos conocemos como mandaderos o chicos de los recados. Los “Knaben für alles” (traducido como “niños para todo”) eran “utilizados” para usos tan dispares como ir a llamar al médico, sacar a pasear al perro, o llevar a los más pequeños de la casa al colegio.

Pero lo que más nos ha gustado de esta original noticia que recogía la prensa de 1906, es la forma en que los usuarios del servicio avisaban a los niños para todo: la agencia promotora del invento instaló en varios puntos de la ciudad timbres de llamada; bastaba con tocar el botón para que de la sucursal más próxima acudiese raudo y veloz uno de los recaderos. Incluso se establecieron una serie de contraseñas para los servicios más

habituales: “basta con tocar dos veces seguidas para indicar que se quiere que el chico traiga un coche, y si se dan tres llamadas, a poco vendrá el muchacho con un coche de punto y un guardia de Seguridad”.

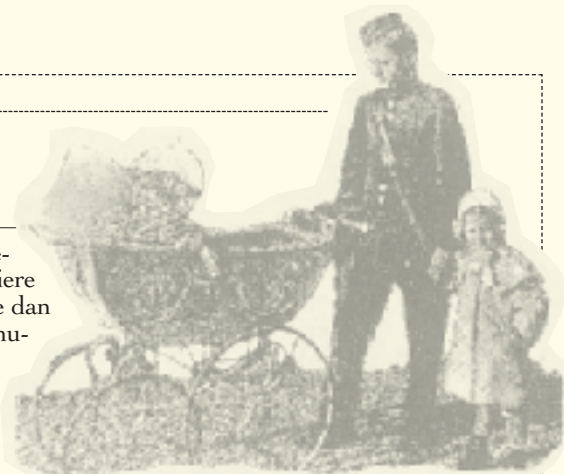
Los servicios no se reducían a simples recados en las calles de la ciudad, hubo importantes encargos que urgieron desplazamientos a ciudades vecinas, e incluso uno de estos utilísimos mandaderos viajó con un encargo desde Londres a Chicago.

Un moderno avance de los actuales servicios de mensajería, aunque, eso sí, y a tenor de las imágenes que acompañan a estas líneas, mucho más jóvenes y elegantes.

No hay nada nuevo bajo el sol. La idea es la misma, porque las necesidades eran y son muy similares. Y siempre, por lo visto, hubo chicos avisados que supieron ofrecer su trabajo, encontrando con ello un modo digno de ganarse la vida. Y más de

uno supo emprender así el camino que le llevaría al éxito. Todos recordamos a grandes hombres que empezaron, en ocasiones, como sencillos repartidores.

Nuño Vilanova



Catástrofes en Europa

Las localidades de Salisbury y Hamburgo fueron tristes protagonistas del otoño de 1906 por sendas catástrofes que la prensa de la época se ocupó en recoger. El tren expreso de Daivenport a Londres, que diariamente utilizaban numerosos vecinos, descarrilaba una mañana al entrar en una curva. Según algunos testigos, el tren marchaba a extraordinaria velocidad y, tras salirse de los rieles la locomotora, fue a estrellarse contra un pilar, resultando aplastado el maquinista y el fogonero. Perecieron en el siniestro veintiocho pasajeros, y 13 fueron los heridos leves. La imagen recoge los trabajos de desescombro del accidente, acompañados por las miradas de cientos de curiosos.

Por su parte, Hamburgo registró un aparatoso incendio en su iglesia de

San Miguel. Hubo que lamentar la muerte de cuatro operarios que estaban trabajando en la torre de la Iglesia, al parecer en labores de reconstrucción. El resultado final del siniestro fue la destrucción total del templo y de varias casas contiguas al mismo.

La velocidad excesiva, siempre la vebralidad, sigue siendo, junto a otras circunstancias concurrentes, la causa de numerosos accidentes. Y no parece que



seamos capaces de evitarlos. Y lo mismo podría decirse de lo que hoy calificamos, más pomposamente, como accidentes laborales en el sector de la construcción.

Con tanto que ha avanzado el mundo, ¿es posible que, cien años después, tengamos que seguir lamentando las mismas desgracias?

M. de C.